

*el adulterio, el incesto, el homicidio hacen mas santo al hombre en la tierra, y mas bienaventurado en el cielo; en una palabra, que sostenga cuanto se le antoje; será lo mismo. No hay punto alguno de la moral cristiana, que el Protestantismo pueda afirmar es necesario arreglar á él su conducta, por la razon de que no hay un dogma de que pueda afirmar es necesario creer ó someter á él su razon; y así como su Símbolo se puede reducir á este solo artículo: *Creo todo lo que me parece verdadero*; su código de moral puede reducirse á este: *Yo debo practicar todo lo que me parezca bueno*; fórmula de moral á que todo hombre, sean cuales sean sus pasiones, se allanará fácilmente, como lo haria, fuesen cuales fuesen sus errores, á la fórmula de fe que le corresponde.*

En vista de esto, ¿qué se puede decir del culto, ni qué puede ser? El culto es la expresión de la fe: entre los Protestantes no hay Símbolo de fe; luego ni culto obligatorio. Habiendo variado y variando incesantemente la fe entre ellos, el culto no debe ser sino una variación perpetua; ó si variando la fe el culto permanece el mismo, entonces él no es mas que un simulacro engañador de una fe que no existe. En fin, como la fe en el Protestantismo se reduce á opiniones individuales, por mas opuestas que puedan ser, el culto, por una contradicción maravillosa, será la expresión *comun* de opiniones *opuestas*, ó será necesario establecer tantos cultos, cuantas opiniones diferentes pueden caer en el entendimiento del hombre.

Pero tambien el culto Protestante presenta por todas partes los síntomas de una disolución próxima. La predicación formaba su parte principal; pero hoy ha perdido á los ojos mismos de los Protestantes todo carácter religioso. En un principio la reforma suponía, con confianza, que el Espíritu Santo debía asistir con un auxilio particular á los ministros en la explicación de la Biblia; pero despues que ha visto al Espíritu Santo enseñarles sucesivamente los dogmas mas opuestos, y últimamente no enseñarles ninguno, este respeto religioso se ha desvanecido, y el ministro que sube á la cátedra para explicar el Evangelio, no es mas que un hombre que viene á exponer su modo de *ver* á otros hombres, que tienen el

mismo derecho de tener tambien el suyo, precisamente como un filósofo que diserta delante de oyentes, jueces de sus sistemas. El protestantismo conserva aun la oración á nombre de Jesucristo; pero ¿qué puede significar ni ser ella, cuando ya no se sabe entre los protestantes si Jesucristo es Dios, ó un puro hombre, como lo piensan los Socinianos y los Mahometanos? ¿Cómo la reforma no ve, que si es Dios, es una impiedad no adorarle; y si no lo es, adorarle es una idolatría: y así, que en la incertidumbre en que está sobre Jesucristo, su culto puesto en esta alternativa hace estremecer?

Respecto á la *Cena* que los Protestantes habian mirado siempre como la parte mas sagrada de su culto, un grande escándalo acaba de hacer ver al mundo entero cuáles son las ideas que se forman hoy de ella. Cuando en la época reciente de la reunion de los Luteranos y de los Calvinistas, los ministros anunciaron que darian á unos la *realidad* del cuerpo de Jesucristo, y á otros la *figura*, segun la creencia de cada uno<sup>1</sup>, ¿qué otra cosa hicieron en su ceguedad, sino declarar á la faz del mundo que el Protestantismo ya no sabia qué creer en punto á la Cena, como sobre todo lo demás, y que el acto mas augusto del culto Cristiano no es á sus ojos sino una ceremonia sin significacion? ¿Y qué diré del signo sagrado del Bautismo, tan antiguo, tan universal como el Cristianismo? Este sacramento tan solemnemente instituido por Jesucristo, es mirado en muchos países Protestantes como un rito inútil; y la reforma, abandonando con indiferencia el carácter distintivo del Cristiano, borra el último vestigio que la distinguía de los pueblos infieles. ¿Deberemos pues admirarnos ya que tantos Protestantes muestren una repugnancia invencible á este culto vacío de fe, y

<sup>1</sup> Los ministros, al dar la comunión, decían á los que venían á recibirla: ¿Creeis recibir el Cuerpo de Jesucristo? — Sí, respondían los Luteranos. — Recibe el cuerpo de Jesucristo. — ¿Creeis recibir la figura del cuerpo de Jesucristo? — Sí, respondían los Calvinistas. — Recibe la figura, etc. — Los protestantes dicen que ellos celebran la cena como Jesucristo y los Apóstoles la celebraron. Seria de desear nos mostrasen que el Salvador y sus primeros discipulos habian usado esta fórmula; y que ellos no sabian lo que hacían.

del cual el nombre Cristiano no es ya, es preciso decirlo, sino una patente falsedad? Él se sostiene únicamente á la manera que las formas exteriores de un cuerpo muerto subsisten por algun tiempo despues que faltó el alma; pero bien pronto la putrefaccion comienza, y todo se convierte en polvo.

Para demostrar que el Protestantismo, plenamente desarrollado, no es otra cosa que la destruccion del Cristianismo, no era necesario descender á todas estas consideraciones; bastaba esta sola. Para el Protestante, todo el Cristianismo está fundado únicamente sobre la Escritura inspirada de Dios: no puede, pues, para él haber Cristianismo, sino en cuanto posea un medio cierto y seguro de reconocer cuáles son los libros inspirados. ¿Y cuál es este? ¿será la tradicion de las Iglesias Protestantes? No; porque esta Tradicion no sube mas allá de tres siglos. ¿La Tradicion de la Iglesia Católica? Tampoco; porque los Protestantes desechan muchos libros que la Iglesia Católica recibe como divinos. ¿Será á lo menos para los libros del antiguo Testamento la Tradicion del pueblo judío? En manera alguna, pues la reforma ha excluido de la Biblia muchos que los judíos reverenciaban como inspirados. No queda, pues, á cada Protestante mas que sola su razon, la cual decidirá sobre esta cuestión fundamental, como sobre todo lo demás; y á no suponerla infalible en su decision, tenemos que el fundamento de su fe no es mas que una incertidumbre. Además, un Protestante debe desechar ó admitir cada libro del antiguo y del nuevo Testamento, segun que su razon particular, único juez de la inspiracion, está convencida de ello ó no: los primeros jefes del Protestantismo usaron de este derecho, excluyendo muchos libros de la santa Escritura; y todo Protestante, en virtud del mismo derecho, puede excluir otros: y así como no hay dogma alguno que el Protestante no pueda negar, sin dejar por eso en los principios de la reforma de ser cristiano; así tampoco hay libro alguno de la Biblia, cuya divinidad no pueda negar, sin dejar tampoco de serlo, segun los mismos principios. Se deberán, pues, tolerar todas las disidencias sobre la autoridad de los monumentos de la revelacion, así como están precisa-

dos á hacerlo con todas las disidencias de la doctrina que contienen; pues las unas y las otras están igualmente fundadas sobre esta independencia de cada uno en materia de fe, que es la base del Protestantismo; y la reforma, despues de haberse visto precisada á decir que realmente no sabe en qué consiste la verdadera fe, aunque sabe á lo menos que se halla contenida en la Biblia: cuando se la estrecha en su último atrinchamiento, se ve forzada á confesar que no sabe cuál es la Biblia misma. Despues de esto podrá, enhorabuena, hablar de Cristianismo, retener el nombre, y quererlo conservar; se concibe fácilmente este resto de pudor; pero la conciencia universal, que no se deja llevar simplemente de palabras, pronunciará siempre contra ella esta anatema terrible:

*No hay cristianismo para tí.*

Basta: al presente ya podeis juzgar al Protestantismo. Ved aquí su historia. Sus primeros autores, tomándose y dándose á sí mismos su mision, anunciaron que venian de su propia autoridad á reformar la Iglesia: ciegos, escuchad lo que habeis hecho. No bien desechando la autoridad católica, proclamásteis la independencia de cada hombre en materia de fe, otros reformadores se levantaron á vuestra vista para continuar vuestra obra: reformaron vuestra enseñanza, como vosotros habíais reformado la de la Iglesia. Vosotros habíais dicho: desechamos tales dogmas; porque chocan á nuestra razon: ellos dijeron: nosotros desechamos estos otros, porque nuestra razon no puede admitirlos. Les preguntábais: ¿Quiénes sois vosotros? Y ellos os preguntaban á la vez: ¿Y vosotros, quiénes sois para contradecir á la Iglesia? Y no les pudisteis responder. Espantados de vuestra propia obra en su origen mismo, prevísteis desde luego sus progresos lamentables, y descubristeis con espanto, en lo porvenir, esas guerras interminables de opiniones, esa confusion inmensa de doctrinas, esa destruccion gradual de la fe que legábais á la posteridad. ¡Ay! vuestros presentimientos siniestros estaban muy léjos, con

mucho, de igualar á la realidad : no habeis visto todo lo que habeis hecho ; pero habeis hecho todo lo que nosotros vemos. Apenas habeis bajado al sepulcro, cuando nuevas sectas, despertando á la palabra de rebelion que habeis lanzado en el mundo, despedazaron los miserables restos de la fe que habeis retenido, y destruyeron sucesivamente todo el Símbolo de la Religion. Todas estas sectas, que partian del principio comun de los protestantes, tenian igual derecho á la tolerancia, y os fué preciso tolerarlas todas. Se pudo ya sostener todo, y negarlo todo, sin ser excluido del cristianismo. A la agitacion de las sectas primitivas ha sucedido una profunda indiferencia : sueño de muerte, en el cual la reforma se ha sepultado para siempre. Ha dicho un eterno á Dios á la verdad, y desesperando de conocerla, le ha despreciado. El veneno de la indiferencia circulaba hacia ya largo tiempo en su seno, cuando en fin ella misma ha levantado la voz para proclamar su testamento de muerte, repudiando en el centro mismo del protestantismo, por un acto auténtico, la divinidad de Jesucristo<sup>1</sup>; y esta apostasia solemne, que hubiera arrancado á la reforma un grito de indignacion, si fuese aun cristiana, ha sido ratificada por el escándalo de su silencio. Ya todo se ha consumado para ella ; la obra del protestantismo ha llegado á su término, y nada queda que reformar en el cristianismo, cuando se ha llegado á reformar al mismo Dios.

¿Qué añadiré á este testimonio de la reforma, que se condena y reprueba á sí misma? Aun hay otro acaso mas terrible, y que es necesario hacerlos conocer, porque nada os debo disimular. Preguntad á todos esos hombres que trabajan sin cesar en destruir el cristianismo en Europa ; preguntadles si no miran al protestantismo como el gran medio que ha preparado y prepara aun cada dia la revolucion que meditan. En los países donde reina, la obra se avanza con una espantosa rapidez, por el efecto mismo de la doctrina protestante, que destruye formalmente los dogmas cristianos ; en los países católicos su designio sería principiar introduciendo la reforma : se-

<sup>1</sup> Se sabe que el Consistorio de Ginebra ha prohibido á los ministros predicar sobre la Divinidad de Jesucristo.

gun ellos, el medio infalible de hacer á los pueblos incrédulos, es hacerlos primero protestantes. Estas no son ya ideas particulares, algun designio secreto, no ; es un plan abiertamente confesado ; preguntados sobre el particular, todos están acordes en su respuesta. Ni debemos admirarnos de ello : saben por la historia del Protestantismo, que una vez desechada la autoridad Católica, los espíritus, abandonados á sí mismos, se dejan arrebatar en todos sentidos, y que bien presto, en medio de tantas incertidumbres y variaciones, los pueblos, sin regla cierta para reconocer la verdad, terminarian por disgustarse de toda creencia. Siendo la máxima fundamental de los Protestantes, que es *no reconocer ninguna autoridad en materia de fe*, idénticamente la máxima fundamental de la filosofía, les basta desde luego que el Protestantismo haga triunfar su principio, seguros que el tiempo desarrollará todas sus consecuencias. Ved porque manifiestan tanto interés por él : en sus obras, aun las mas impías, se saborean en hacer su elogio casi con tanta complacencia como el de la filosofía misma : buscan mil modos y maneras de sembrar entre los pueblos Católicos el deseo de ser Protestantes ; irritados, llaman á la reforma á su socorro, la saludan como la precursora que debe allanar los caminos á la incredulidad, y perdonándole sin escrupulo los restos de su moribundo Cristianismo, porque conocen bien que en el fondo están de acuerdo con ella, reservan todo el furor de sus ataques para la Iglesia Católica, única que repele inexorablemente todos sus errores. ¿A quién no consternará esta alianza, esta fraternidad del Protestantismo y de la incredulidad? ¿Qué golpe puede despertarnos, si esta señal de muerte no nos conmueve? Vosotros que rehusais creer á la Iglesia Católica, que os dice : *Venid á mí, y os salvaré de la incredulidad* ; creed á lo menos á la incredulidad, que os grita : *Reine el Protestantismo, y estoy segura de mi triunfo*.

¿Qué esperais pues, hermanos míos, para salir de estas sectas deplorables, que ellas mismas se apresuran á salir del Cristianismo? ¿No hemos aprendido aun bastante por una experiencia de tres siglos, en qué viene á parar la Religion, cuando se abandona, se deja á

las opiniones de cada hombre? ¿Falta aun algo hoy á nuestra instruccion? ¿No hemos descendido aun bastante? ¿Es necesario mas? De aquí á algun tiempo el Protestantismo, perdiendo su nombre, se confundirá completamente con la incredulidad. Si el Cristianismo necesariamente parece donde se establece á cada hombre por árbitro y señor de su Cristianismo, este no puede subsistir sino donde cada hombre reconozca por regla de fe la autoridad de la Iglesia; siendo esta autoridad la condicion necesaria de la existencia de la Religion, substraerse á ella es declararse en rebelion contra el mismo Dios, es querer ser Cristiano á pesar suyo. Volved, volved los ojos; dejádmelo que os lo repita: mirad en derredor de vosotros: buscad en el mundo esta autoridad Una, Perpetua, Universal: ¿es difícil el reconocerla? ¿Vuestra conciencia vacila aun en pronunciar su nombre? ¿Os viene siquiera al pensamiento buscarla fuera de la Iglesia Católica? Cuando se trata únicamente de buscar esta autoridad necesaria, entonces ya no hay discusion: incrédulos y Protestantes, todos se convienen en declarar que está allí ó no está en parte alguna: sobre este punto no hay mas que una voz en el mundo. En efecto, ¿quién no sabe que sola la iglesia Católica está en posesion, desde el principio del Cristianismo, de enseñar la fe por via de autoridad, y que la regla de fe Católica ha sido siempre la Tradicion universal y perpetua de la Iglesia, á la cual todo fiel somete su juicio? ¿Quién no sabe que por su constitucion misma, la Iglesia Católica ha desechado constantemente á todos los que sustituian sus pensamientos particulares á la Tradicion general, y que este nombre mismo de *Herejes*, que ha dado siempre á los Novadores, en todo el rigor de la palabra, significa hombres que quieren por sí mismos *escoger* su fe, en lugar de recibirla con sumision por la enseñanza de la Iglesia? Su autoridad, anterior á todas las herejías, no tiene otro principio que el de la Religion misma. Todas las sectas tienen la data de su origen; y el nombre de sus fundadores que están obligados á llevar, es un carácter indeleble que les recuerda incesantemente que no son mas que sectas; la Iglesia católica era en el principio como es hoy y en todos los tiem-

pos; y de ella han tomado todos los herejes lo que han conservado de Cristianismo. Fuera de ella todo varía porque fuera de ella no hay mas que opiniones individuales, cuando su testimonio universal, perpetuamente trasmitido de siglo en siglo, conserva sin alteracion el depósito de la fe primitiva, porque su máxima fundamental es *creer lo que siempre y en todas partes se ha creído*: fuera de ella no se encuentra mas que un caos de opiniones opuestas: ella sola posee un Símbolo, y el mismo en todo el universo. ¿Quién no conoce en estos caracteres la Iglesia de Dios? ¿y en dónde se hallará sobre la tierra una autoridad que se le asemeje?

Si nuestros padres tuvieron la desgracia de salir de su seno, instruidos por la larga experiencia de nuestros errores, apresurémonos nosotros á volver á él. La reforma, que ha conocido hace ya mucho tiempo que el exceso del mal terminaria por reducir los espíritus, que extravió, á la Unidad Católica, procura adormecer su conciencia, repitiéndoles como una máxima sagrada, que el hombre no debe jamás mudar de Religion<sup>1</sup>, y sobre este principio condena toda vuelta á la Iglesia Católica. Pero esta máxima es una sentencia de condenacion del Protestantismo. La única Religion que tiene derecho de decir: No varieis, es la que nunca ha variado; ¿pero qué fué el Protestantismo en su origen sino una gran mutacion en la Religion<sup>2</sup>? ¿Qué es, ni qué se ve en toda su historia sino una serie interminable de variaciones, en donde se ven variar perpetuamente los dogmas, las confesiones de fe, las sectas? ¿Por qué razon el Protestantismo, que varía sin cesar, querria impedirnos el volver á la Iglesia, que jamás ha variado? ¿Y porqué nosotros permaneceríamos obstinadamente adictos á todas sus inconstancias? Entrar en la Iglesia, ¿qué otra cosa

1 Si los Paganos hubiesen adoptado esta máxima cuando la publicacion del Evangelio, aun seriamos idólatras.

2 Cuando el Conde de Stolberg, célebre escritor alemán, se convirtió á la Religion católica, un príncipe protestante le dijo: « Yo no amo á los que mudan de religion. — Ni yo tampoco, respondió » Stolberg; porque si nuestros mayores no la hubieran mudado » hace tres siglos, yo no me habria visto obligado á mudar de ella » hoy. »

es sino poner fin para sí á todas estas mutaciones, para descansar últimamente en la antigua fe? Él es el que ha querido variarla: nosotros no hacemos mas que volver á la que teníamos. Á la verdad, si se dejase una secta para entrar en otra secta, sería una cosa bien vana; porque estando todas las sectas Protestantes igualmente faltas de autoridad, se encontraría uno en las mismas incertidumbres; pero dejar el Protestantismo para volver á la Iglesia Católica, es pasar de las variaciones á la creencia invariable, de las divisiones á la unidad, del error que es de ayer, á la verdad que es de todos los tiempos; es pasar de la duda á la fe; es, en fin, salir de la muerte para recobrar la vida.

He cumplido, hermanos míos, un deber muy amado á mi corazón: entrado por la misericordia de Dios en el puerto de la salud, he levantado para llamaros á él aquella misma voz que por tanto tiempo os había alejado de él. No me queda mas que rogar incesantemente á nuestro Señor que acelere en su misericordia el dulce momento en que todos nos abracemos en el seno de la Madre comun de todos los Cristianos. Ya un feliz movimiento se hace sentir en todo el Protestantismo; muchas de las antiguas preocupaciones se han disipado; las conciencias de muchos se ven conmovidas: de día en día se aumenta esta agitacion, y mientras que los que se obstinan en perseverar en el camino del error, le corren hasta su último término, y van á perderse en las filas de la impiedad, los Protestantes de buena fe, sinceramente adictos á la fe de Jesucristo, se reducen á la Iglesia, que es la única que puede conservarla, y se hacen Católicos para ser Cristianos. ¡Cuántos acaso hay á quienes su conciencia los estimula hace mucho tiempo! ¡Cuántos que no reflexionan jamás sobre la Religion sin experimentar violentas inquietudes! ¡Cuántos que interiormente gimen y lloran los motivos puramente humanos que los detienen, y no tienen ¡ay! el valor de superar! Mi voluntad era aun mas débil, pero la oracion me hizo alcanzar la fuerza que pedía mi sacrificio: que oren, rueguen, pidan tambien á Dios, y tendrán igualmente la dicha de alcanzarlo. Dios derrama su gracia sobre los humildes (*Jacob.*, iv, 6); revela, nos dice él

mismo, su *sabiduría* á los que son pequeños á sus propios ojos, y la *oculta* á los soberbios. Aquellos son los que comprenden verdaderamente cuán poca cosa es esta vida, y nada los detiene, cuando se trata de la eternidad.

LAVAL.

Uno de mis profesores, M. Pablo Latour, pastor de la Iglesia Protestante de Bordes, y presidente del Consistorio de Mas-de-Asil, departamento del Ariege, ha tenido la dicha de entrar, casi al mismo tiempo que yo, en el seno de la Iglesia. Créo por lo mismo un deber poner á la vista su dolorosa y sincera retractacion.

« Yo el infrascripto, Pablo Latour, declaro á la faz del » Cielo y de la tierra, que habiendo tenido la desgracia de nacer de padres Protestantes, he profesado » hasta el día la doctrina de Calvino: mas habiéndome » dedicado por el espacio de muchos años, con los auxilios de la gracia de Dios, á examinar y profundizar » la doctrina de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, » he reconocido al fin que ella sola era la que enseñaba » la verdad, la única nave que puede salvar del naufragio, y la piedra contra la cual se vendrán siempre á » estrellar la mentira y el error. Por tanto, y temiendo » que la muerte pudiera sorprenderme antes de haber » podido hacer la abjuracion pública de mis errores, » como lo debo á Dios y á su Iglesia; animado por otra » parte del edificante ejemplo de mi digno y respectable ex-parroquiano M. Dambois de Larboux; fortalecido con los sentimientos y motivos tan elocuentemente expresados en la *Carta de M. Haller á su familia*; pero sobre todo, movido de la gracia del » Espíritu Santo, que ha triunfado al fin de las dificultades y obstáculos que habia tenido la desventura de » oponerle, he creído debia publicar, sin mas dilaciones, una declaracion de mis sentimientos que he redactado en la plenitud de todo mi conocimiento y libertad.

» Declaro, pues, que abrazo de todo mi corazón, y

» con pleno convencimiento, toda la doctrina de la santa  
 » Iglesia Católica, Apostólica, Romana : abjuro para  
 » siempre los errores de Calvino, de Lutero y de todos los  
 » otros herejes, cuyas doctrinas perversas han sembrado  
 » en toda la tierra el espíritu de vértigo, de rebelion, y  
 » de anarquía. Abrazo las verdades santas de esta Iglesia  
 » infalible, siempre pura y sin mancha, que mis abuelos  
 » tuvieron la desgracia de abandonar. Hago á Dios la  
 » confesion sincera de mis errores, y espero hallar el  
 » perdón en el seno de su inefable misericordia.

» Ruego y suplico á todos mis parientes, amigos, y á  
 » cuantos viven en el error en que yo desgraciada, y  
 » ¡ ay ! demasiadamente los he sostenido, sigan mi ejem-  
 » plo.

» Dirijo con todo respeto la presente declaracion á  
 » M. de Clermont-Tonnerre, Arzobispo de Tolosa, su-  
 » plicándole quiera admitirme, lo mas pronto posible, á  
 » hacer mi abjuracion solemne. Espero de su caridad,  
 » zelo, y sólida virtud, querrá concederme luego á lue-  
 » go esta gracia, y lograr por este medio entrar cuanto  
 » antes en la comunión de la Iglesia, en la que quiero  
 » vivir y morir, como hijo verdaderamente sumiso.

» Y para expresar, en una palabra, mis verdaderos  
 » sentimientos, adhiero y me someto de entendimiento  
 » y de voluntad á las decisiones del santo Concilio de  
 » Trento ; y estoy pronto á suscribir en toda su exten-  
 » sion la *Profesion de fe* formada por él. » — Montagne,  
 » concejo de Bordes, Canton de Mas-de-Asil (Ariege), á  
 » 1<sup>o</sup> de septiembre de 1822.

PABLO LATOUR.

## CARTA

DE M. CÁRLOS LUIS DE HALLER <sup>1</sup>,

*Miembro del Consejo supremo de Berna, á su familia.*

Querida y amada esposa mia, y vosotros mis muy amados hermanos, hermanas, parientes y afines míos, á quienes estoy tan íntimamente unido por los vínculos de la sangre, y los de un enlace de que me honro, y por la memoria de tantos beneficios : nunca creí me veria en el caso de hacerlos desde París una manifestacion que sé os sorprenderá, y aun afligirá tal vez ; motivo único por el que es á mí tambien dolorosa, pero á la cual la necesidad me obliga, y que tarde ó temprano espero se os convertirá en motivo de gozo y de consuelo. Y pues tantos años hemos vivido en la mas perfecta armonía, que el cielo ha bendecido con singulares beneficios, os ruego no me negueis vuestra amistad, y me oigais con indulgencia en una de las épocas mas decisivas de mi vida.

Ya há tiempo os era notoria por mis discursos y por los rumores públicos, mi inclinacion á la Iglesia Católica, que no es otra cosa que la sociedad ó Congregacion universal de los fieles Cristianos. Esta inclinacion no es de hoy : nadie me ha inducido ni solicitado para ella : era efecto natural de un corazón sincero, de un juicio sano, y singularmente de una gracia particular de Dios,

<sup>1</sup> Dios parece haber derramado su bendicion á esta carta ; no solo no fué mal recibida por su familia, sino que Haller ha tenido el consuelo de que su mujer é hijos hayan entrado sucesivamente en el seno de la Iglesia. La carta ha sido tan apreciada, que en el espacio de tres años se han hecho tres traducciones distintas en Alemania y Suiza, y despachádose quince ediciones numerosas : en Valencia tambien se tradujo el año anterior, pero no hemos tenido oportunidad de verla.